

**CICLO DIÁLOGOS ARGENTINOS****HONORABLE CONCEJO DELIBERANTE****25-3-00****- 1 -****APERTURA**

*-En la ciudad de Mar del Plata, Partido de General Pueyrredon, a los veinticinco días del mes de marzo de dos mil, reunidos en el recinto de sesiones del Honorable Concejo Deliberante, con la presencia del señor Presidente del H. Cuerpo y numeroso público, y siendo las 19:15, dice el*

**Sr. Presidente:** Buenas tardes a todos. Les agradecemos profundamente su presencia y, por supuesto, la de nuestra invitada de hoy, China Zorrilla. Nosotros, ya hace más de un año, en el Concejo Deliberante -quizás muchos lo saben pero voy a ser persistente y cada vez que tengamos la posibilidad de este tipo de encuentros que hemos denominado "Diálogos Argentinos" lo voy a repetir hasta el cansancio para que vaya quedando la idea- hemos iniciado un ciclo que denominamos de extensión cultural pero más que eso se trata de invitar a amigos, a personas reconocidas del arte, la cultura, el periodismo. Así han venido personas como Hermenegildo Sábat, periodistas como Pasquini Durán, cineastas como Leonardo Favio, hace poco Mariano Mores y tantos otros, a contar sus anécdotas, sus reflexiones, sus vivencias, a dejarnos un mensaje de esperanza, de alegría o lo que nuestro invitado nos quiera dejar. Pero básicamente se trata de usar este ámbito de debate político -fuerte a veces- donde también se busca siempre el consenso, abrir sus puertas para que la ciudadanía de Mar del Plata puedan ocupar estos lugares, que son públicos, que son de todos ustedes y que nosotros en representación de todos ustedes temporalmente usamos, y dedicarlo a este ciclo de extensión cultural. Acá no sólo nuestra invitada va a hablar sino que también proponemos -y es nuestra intención- que pueda dialogar con ustedes, que se le pueda preguntar, pedir reflexiones. Así que esta es la idea de este ciclo, de hacerlo aquí en el Concejo porque lo podríamos haber hecho en cualquier otro espacio cultural pero queremos hacerlo acá. Este ciclo ya tiene más de un año y creo que de a poco va entrando y se va haciendo carne en muchos de nosotros. Antes de comenzar con lo más importante, que son las reflexiones y las palabras de China Zorrilla, quiero hacerle entrega de un Decreto de este Concejo Deliberante donde se la declara Visitante Ilustre de la ciudad de Mar del Plata, que no es solamente una formalidad sino que surge también del corazón y le queremos hacer dos regalos: un libro de Mar del Plata, con nuestras bellezas, nuestra geografía y un reloj para que siempre te acuerdes de nosotros.

*-El Presidente del Concejo Deliberante le hace entrega a China Zorrilla del Decreto respectivo y de los presentes, con el marco de nutridos aplausos de los presentes.*

**Sr. Presidente:** Ahora sí, los dejo a ustedes con China Zorrilla.

**- 2 -****CHARLA CON CHINA ZORRILLA**

**Sr. Ramella:** Buenas tardes. En principio quiero agradecer al Presidente del Concejo Deliberante por haberme conferido el honor de esta invitación pero además por la posibilidad de charlar con China Zorrilla, ya que es un deleite y un placer que ningún mortal de la tierra debería perderse jamás y si bien, señor Presidente, en este recinto no entra la Humanidad al menos una porción de la comunidad de Mar del Plata va a tener esta suerte hoy. Prácticamente no hemos hablado con China de cómo íbamos a conducir esta charla pero como la conozco sé que seguramente va a estar de acuerdo en romper la ortodoxia de estas charlas y en lugar de comenzar preguntándole si cuando era niña jugaba a ser actriz o cómo comenzó su carrera, vamos a tomar algo al azar, caprichoso, pero que me parece que

tiene que ver con esta tarde. Y es su vínculo con la ciudad de Mar del Plata. Cuando uno habla de China Zorrilla en Mar del Plata, por lo menos algunos de nosotros tenemos fijado el recuerdo de un acontecimiento muy singular, algo que resultó un fenómeno que queda para la historia, para los anales del espectáculo de Mar del Plata, que no es decir poco. Y yo lo conecto con aquello que ocurrió con una obra de Goldoni, “El Arlequino”, donde ocurrió algo muy importante que me parece marcó un momento y que con toda seguridad -y esta es la invitación para comenzar la charla- ella lo podrá memorar nuevamente de la forma que sólo ella puede hacerlo.

**Sra. Zorrilla:** Estoy encantada de estar acá, estoy encantada con los regalos que me han dado y con la posibilidad de evocar algunos de los momentos más importantes de mi carrera que pasé en Mar del Plata y, desde luego, “el” episodio teatral y humano más importante que pasó en la Argentina estando yo aquí. Yo lo veo en el plano teatral pero a cualquier ámbito que se lleve el episodio que pasó en Mar del Plata es útil para cualquier comunidad en cualquier país del mundo. Llegué a la Argentina en 1971, no vine a quedarme sino a filmar una película llamada por Lautaro Murúa; se llamaba “Un guapo del 900” y me proponían, casi a mis 50 años, hacer una película. Para mí era como un viaje a la Luna y dije que sí, además venir a Buenos Aires para mí era una tarea habitual. Mi madre era Argentina, venía permanentemente porque mi padre hizo acá algunos monumentos, mi abuelo poeta estuvo exiliado acá y venir a Buenos Aires tenía para mí la sensación de ir un poquito más lejos que Colonia o Carrasco pero que cambiaba de país ni bandera, era como lo mismo. Y esa sensación de unidad del Río de la Plata la mantengo hasta ahora. Cuando voy de Montevideo a Buenos Aires siento que no cambio de país sino de orilla, que es muy distinto. Cuando llegué a Buenos Aires llegué a un mundo nuevo (yo digo que Uruguay es como la Argentina con un cero menos: no somos 33 millones sino tres millones y un poquito más), Montevideo es muy chiquito, una obra en cartel durante un mes y medio era un gran éxito, yo estuve trabajando en la Comedia Nacional Uruguaya muchos años haciendo diez títulos por año y siempre oíamos hablar de Mar del Plata como “los que no van a Punta del Este van a Mar del Plata”. Una especie de boba rivalidad entre dos países. Casi enseguida de estar en Argentina a mí se me ocurre producir un espectáculo teatral. En vez de producir una obra de dos personajes, simple, con ropa del día, que no me complicara la vida ni el bolsillo, se me ocurre producir “Arlequino” de Goldoni. Yo la había visto en Montevideo dirigida por Villanueva Cosse, me había encantado la producción y Villanueva Cosse estaba en Buenos Aires para reemplazar por unas funciones a José Slavin -marplatense él- en “Las Brujas de Salem” y se quedó en Argentina. También había un director uruguayo, Otermin, que acababa de dirigir en Montevideo “Querido mentiroso” y yo la hice acá con el director de ese “Arlequino” y le dije “Villa, quiero hacer en Buenos Aires El Arlequino, de Goldoni, y quiero que tú lo dirijas”, “eso es muy caro”, me dijo; “bueno, yo voy a conseguir plata”. Conseguí plata y se montó en el teatro Odeón de Buenos Aires ese maravilloso espectáculo que si no lo vieron es intransferible; los que no vieron hacer Goldoni a Gianni Lunadei y Ulises Dumont no saben lo que es un Goldoni bien hecho. El espectáculo tiene las mejores críticas, no iba mucha gente, yo era una productora novata y me dicen “¿por qué no llevás esta obra a Mar del Plata?”. Estoy hablando de la Mar del Plata de hace 25 años, dos funciones por día, todos los espectáculos llenos, conseguir una entrada para Mar del Plata un sábado a la noche era tan difícil como para un martes o lunes de mañana si lo hubieran hecho, y las calles abarrotadas de gente. Llego entonces a esta ciudad, que no conocía, un poco asustada por el proyecto de traer “Arlequino”, me encuentro con una ciudad importante como Montevideo y llena de teatros. Voy a ver el teatro Diagonal donde iba a hacer la obra, un poquito apartado y fuera del “Broadway” del centro de la ciudad. Compartíamos la sala con “Querido mentiroso” con Villanueva Cosse e iba muy mal de público; son esas cosas raras que pasan en teatro: había 20 personas que al terminar la función lloraban y gritaban y yo les decía “por qué no les cuentan a los demás que vengan”, el famoso boca a boca, de qué hablan mañana en la playa. La cosa no mejoraba, yo tenía que pagar todos los sueldos y de golpe junté al elenco y les dije “no les puedo seguir pagando, nunca dejé de pagar un sueldo pero soy una productora novata, no debí meterme en este baile y Arlequino tiene que bajar de cartel”. Y yo tenía la convicción de que era el espectáculo más lindo de Mar del Plata no sólo porque era Goldoni -que es difícil ganarle una pulseada a Goldoni haciendo comedia- sino también porque el elenco era un lujo. Hablamos de Gianni Lunadei, Ulises Dumont, Pepe Novoa, Mariquita Valenzuela, Alicia Aller, Elena Tasisto; era un despliegue fantástico, la obra salía mejor acá que en Buenos Aires, con un decorado nuevo, era perfecto y yo decía “por

qué?” al igual que en la vida decimos “¿por qué se enferma este niño?”, “¿por qué fulano dejó de quererme?”, etc. No iba gente al teatro, les digo que termina la temporada, lo lamento pero no puedo seguir pagando los sueldos, vuélvanse. Pero me juego una carta de triunfo: vamos a despedirnos no un domingo a la noche, vamos a hacer una función el lunes a la noche dedicada a los actores de teatro que están en Mar del Plata con esos “megaborderaux”. Ese lunes todos los actores de Mar del Plata vienen a ver la triste despedida de “Arlequino”. Acaba la función, salgo al escenario y digo: “Parece que les gustó el espectáculo pero esta es la última función porque la gente no viene a vernos y acaban de ver el último Arlequino de Goldoni en Mar del Plata y quizás en Argentina”. Bajo del escenario, voy a hall y veo un grupo de gente de teatro -Les Luthiers, Nélide Lobato, Solita Silveyra con su marido de aquella época, Jaramillo, Susana Rinaldi, los galanes, la gente de Orquesta de Señoritas-, les pregunto qué les pareció el espectáculo y me dicen que era maravilloso, “¿no es una pena que baje de cartel?”, pregunté; “no, no baja de cartel”, “¿pero quién lo mantiene?”, dije, “todos nosotros”, me dijeron. Al día siguiente hubo una reunión en el Hotel Provincial, fueron todos los elencos de Mar del Plata: unos se hacían cargos de tres sueldos, otros decían que se hacían cargos de cuatro sueldos, otros pagaban el equipo técnico, otros la propaganda, etc. y desde ese día en todos los teatros de Mar del Plata al terminar la función los actores decían: “Vayan a ver Arlequino”. Se empieza a llenar el teatro y ganamos el premio al mejor espectáculo de la temporada.

*-Nutridos aplausos de los presentes.*

**Sra. Zorrilla:** Hay un poema francés que dice “Si todos los hombres del mundo quisieran darse la mano se podría hacer una rueda alrededor del mundo/Si todos los hombres jóvenes quisieran ser marineros se harían de sus barcas un puente sobre las ondas/ así que se podría hacer un puente alrededor del mundo si todas las gentes del mundo se dieran la mano”. En mi concepto ese poema se parece solamente a este episodio de Arlequino. La solidaridad de la persona por su colega en desgracia, la generosidad con que daban aquellos sueldos o lo que fuera necesario para que la obra no baje de cartel, hace que este sea un capítulo de mi vida muy especial en Mar del Plata. Pero no es el único. Cuando llegué a Mar del Plata la primera vez fue mucho antes de ir a vivir a Buenos Aires, integraba el elenco estable de la Comedia Nacional Uruguay que actuaba en el teatro Solís, era la época de esplendor de aquella compañía (cuando hacíamos clásico español nos dirigía Margarita Xirgú, cuando venía un sainete criollo o un italiano venía Armando Discépolo, nos dábamos esos lujos) y había aquí un festival de teatro en Mar del Plata que me pregunto por qué no vuelve a haber.

**Sr. Ramella:** Lo tenemos en julio.

**Sra. Zorrilla:** Bueno, movelo, Nino, por favor, porque es fantástico. La Comedia Nacional Uruguay viene con “Don Gil de las calzas verdes” de Tirso de Molina. Yo hacía de Don Gil, una señorita de la sociedad de aquella época que se viste de hombre para enamorar a su Don Gil (“es el don gil que yo adoro, un gilito de esmeraldas”, debía decir), entraba por la platea vestida de hombre seguida por un chico de la escuela de arte dramático que recién empezaba que era Walter Vidarte, y era sorprendente el deslumbramiento de los actores y la gente por el teatro. Tengo amigos en Mar del Plata que me dicen “yo la vi en Don Gil de las calzas verdes” y vi que las condiciones están dadas para los festivales, como el de cine; no hay otro lugar para hacerlo ni se discute. Ese contacto mío fue anterior a que yo me viniera a vivir a Buenos Aires y los actores de la Comedia Nacional siempre recordamos aquella función de “Don Gil de las calzas verdes”, con ese Vidarte jovencísimo y que luego fue una estrella en España, fue el primer recuerdo de Mar del Plata. Además, ver una ciudad que no comete el pecado que sí comete Buenos Aires y que ahora se está arrepintiendo (del Papa para abajo todos nos arrepentimos) y es que Buenos Aires le daba la espalda al agua, al Río de la Plata. Los montevideanos estamos acostumbrados al contacto con el agua. Estoy en el centro y si tengo que ir a Pocitos, donde vivo, bajo dos cuadras para el placer de ir por la rambla y esas cinco cuadras de rambla son como un remanso, uno ya llega descansado después de ver el mar. El mar aparece en cada esquina porque la 18 de Julio está en alto y entonces por todos lados se ve el mar. En Buenos Aires yo extrañaba el mar y me preguntaba por qué esa ciudad tan inteligente le da la espalda al mar; ahora está esa belleza de Puerto Madero y están descubriendo el placer de mirar el mar pero acá en Mar del Plata eso lo hacían

ya de hecho. Por eso cuando vine acá me reencontré como con un viejo amigo que no veía hace tiempo. Me acuerdo que empecé a venir en el rigor del invierno para caminar por la orilla del mar, que es lo que hago en Montevideo. Son muchas razones para querer a esta ciudad y por si fuera poco, cuando en Buenos Aires terminaba la dictadura y había un poco más de libertad en teatro (la censura era terrible) y se empezaba a escuchar alguna que otra puteadita liviana en el escenario, algunas escenas de amor, a mí me traen para hacer una obra que era un monólogo de una señora mayor, solterona, a la cual nadie quiso nunca porque era fea y no tenía gracia, que se escondía para escribir sus poemas y hacía unas tortas muy ricas para el té, que se llamaba Emily Dickinson. Pensé que iba a ser algo como “qué buen papel, qué interesante pero qué plomo”; es esa especie de subestimación sistemática del público, son aquellos que dicen “tenés que darles minas con poca ropa, chistes verdes”, no es así. Con esa obra yo iba a la cabeza de las recaudaciones; recuerdo que Olmedo me decía “qué hacés en el escenario que hacés más guita que el Gordo y yo?, ¿te desnudás?”, “No, me tapo, que es lo que hoy en día atrae a la gente”. Soy transgresora, yo me tapo.

*-Aplausos de los presentes.*

**Sra. Zorrilla:** Siguieron a eso tantos episodios entrañables con las temporadas acá. Cuando vivía en Santa Clara del Mar y me iba sola de noche, no había miedo en aquella época, ¿te acordás? ...

**Sr. Ramella:** No solamente iba sola de noche. Cuando volvía de Santa Clara, irremediamente China en su Ford Falcon blanco levanta grupos de colimbas y los traía todos los días. Ahí también hay un episodio que recordábamos hoy y me parece que sería bueno que lo compartamos con la gente.

**Sra. Zorrilla:** Una vez estaba haciendo Eva y Victoria en Ushuaia con Luisina y me dicen “la espera un señor en la puerta”, le digo a Luisina y Laura Palmucci “bueno, espérenme en la combi que me quiere hablar un señor”. Y me dice: “hace años que quería hablar con usted, China, para contarle un episodio. ¿Usted se acuerda cuando trabajaba en Mar del Plata y vivía en Santa Clara del Mar? Yo estaba haciendo la colimba y una vez hubo un atentado en ese cuartel y había una orden según la cual luego de las 12 de la noche había que tirarle a las gomas de los coches que pasaban. Una noche estaba de guardia, pasa un auto y el oficial me dice que apuntara y tirara, yo no tiré China porque sabía que iba usted en ese auto. Estuve tres días en el calabozo, nunca fui tan feliz en mi vida porque no le pinché las gomas al viejo Ford de China Zorrilla”. Ese era el abrazo que no entendía Luisina ni nadie porque este hombre me contó eso y yo caí en sus brazos llorando. Me pasan esos episodios por la calle. Hace poco lo conté en un homenaje que me hicieron (me hacen muchos homenajes últimamente, estoy un poco inquieta te diría, tiene un olorcito a gran despedida). Resulta que viene un chico de un supermercado empujando un carrito y me dice “Ah, China Zorrilla, qué lástima no tener sombrero”, “¿para qué?” le digo, “para sacármelo”. Fue una cosa increíble.

*-Aplausos de los presentes.*

**Sr. Ramella:** Uno de los homenajes que refiere China fue muy importante –a mi juicio- que se hizo en el teatro Alvear ...

**Sra. Zorrilla:** Sí, me lo hizo Chupete ...

**Sr. Ramella:** Sí, lo hizo Chupete. El doctor De la Rúa presidió ese homenaje a China en el que fueron pasando personas ligadas a su vida, que fue memorable y seguramente conmovedor. Pero yo quería preguntarte algo que vos dijiste al pasar al principio y que se refiere a tu condición de persona de las dos orillas. Creo que China Zorrilla tiene algo muy fenomenal para nosotros: China es un ícono del Uruguay para nosotros y a la vez es tan argentina como puede serlo el Obelisco, Gardel o el mate.

**Sra. Zorrilla:** Lo de Gardel lo peleamos otro día si no te importa.

**Sr. Ramella:** Bueno. Entonces me pregunto cómo vivís ese sentido de pertenencia que todos tenemos siendo tan uruguaya, tan argentina. Creo que a muchos de nosotros nos ocurre algo parecido a lo de China; a pesar de los furibundos nacionalistas debo decir que cuando uno llega al Uruguay, a Montevideo, no siente que está cambiando de país y en todo caso la frontera es una mera formalidad. ¿Cómo sentís vos ese sentido de pertenencia siendo una mujer tan uruguaya, tan argentina?

**Sra. Zorrilla:** Mirá, se explica un poco con eso que dije al principio de haber tenido desde siempre contacto con la Argentina, de estar siempre viniendo a la Argentina y que aparecieran las mellizas del Campo -Silvia y Silvina-, los parientes de mamá con esos nombres raros y no sé que soy pero algo soy de Cupertino del Campo. Todos con nombres muy raros: Cupertino, Dámaso, mi abuela era Gumersinda, todas se llamaban Gumersinda hasta que mi madre le sacó el “ersinda” y quedó “Guma”. Pero siempre tuve la sensación de estar con un pie en cada país desde toda la vida, que nunca pensé “me mudo”. Además soy una de las tantas uruguayas que vinieron a la Argentina como en cualquier carrera -está tan limitado Montevideo- que enfrente está “la ciudad luz” y me refiero no sólo a mí sino a Gómez Cou, Leguisamo, Vidarte y tantos otros.

**Sr. Ramella:** En el Fondo Nacional de las Artes, en otro homenaje, te hicieron una ponderación que vos la tomaste como ...

**Sra. Zorrilla:** Fue el piropo más lindo que me hicieron en la vida. En el Fondo Nacional de las Artes me dieron una medalla y averiguo quiénes habían sido los premiados antes que yo. Me dan una lista muy solemne de gente muy importante de la Argentina y al agradecer el premio digo que lo agradecía mucho porque sabía que era la primera vez que le dan este premio del Fondo de las Artes a una extranjera, y el presidente del Fondo Nacional de las Artes me dijo: “China, usted no es extranjera, usted es uruguaya”. Me pareció un piropazo y me gusta recordar este episodio. Además, en Mar del Plata, conocía en forma pintoresca a quien después iba a estar tan ligada a mi vida que fue Victoria Ocampo. La conocí en un teatrillo de la Peatonal que era del querido amigo Gregorio Nashman. Estaba haciendo los monólogos y de pronto sentí que en el teatro pasaba algo, estaba como entrando algo. Entraba Victoria, con su metro ochenta, esos sobretodos divinos de Londres y alpargatas como siempre, el pañuelo en la cabeza y anteojos blancos. Luego del monólogo espero que me salude al final pero ni bolilla, se va para su casa. Al día siguiente recibo una carta de Victoria que me invitaba a tomar el té con ella; fue el primero de una larga serie de té que tomábamos en verano. Teníamos algunas cosas parecidas Victoria y yo. Ellas eran seis hermanas mujeres, sin hermanos varones; nosotras éramos cinco hermanas mujeres, sin hermanos varones. Victoria pertenecía a una familia muy rica, ella y sus hermanas se educaban en Francia, con gobernantas francesas; papá no era muy rico pero hizo el monumento al gaucho en Montevideo y en la época del esplendor económico uruguayo dijo “me gustaría hacerlo en París”, le pagaron el viaje a París y nos instalamos allí donde crecí los primeros años de mi vida, hablo muy bien francés, hablábamos en francés con Victoria, hablábamos de teatro y no hablamos nunca -qué desgracia!- de política. Un día me dice Victoria que estaba escribiendo una obra de teatro y me lee la primera escena; es cuando le meten presa a Victoria y la va a buscar un oficialito totalmente desbordado por la responsabilidad de llevarse presa a Victoria Ocampo, en un diálogo encantador entre el oficialito y Victoria al final le dice: “Tengo que ir a buscar algo arriba”. “no puede, señora”, “por favor, es el cepillo de dientes”, “ah, sí, señora, suba”. Ahí termina el primer cuadro. Victoria me decía: “no sé si voy a terminar la obra o si va a ser una buena obra pero si algún día se llega a hacer me gustaría que tú hicieras de mí” y la hice durante ocho años, no la obra de Victoria sino la de Mónica Ottino, pero se me dio esa vuelta tan extraña de que aquel pedido tan disparatado que yo tomaba como una locura de Victoria se hizo realidad. A los cuatro años de eso, una señora golpea a la puerta de mi casa trayéndome una obra para que lea, me dice “la escribí pensando en usted”, y me da “Eva y Victoria” que me imagino habrán visto. Hay muchas cosas que me unen a Mar del Plata y ahora, por si fuera poco, esto.

**Sr. Ramella:** También tocaste tangencialmente dos figuras que me parece que podrían ser muy bien evocadas y para que la gente sepa lo que significaron en tu vida. Uno, Zorrilla de San Martín, poeta, abuelo de China; y el otro, su padre, un escultor del que la ciudad de Buenos Aires tiene obras. Esas

dos figuras son permanentemente evocadas por vos. ¿Qué importancia tuvieron? ¿El hecho de que en la familia hubiera artistas te resultó fácil para vos iniciar una carrera como la de actriz?

**Sra. Zorrilla:** Mi familia era muy pintoresca. Por el lado de papá, eran católicos, ortodoxos, de comunión diaria, de muy avanzadas y progresistas ideas políticas. Por el lado de mamá, eran masones y “medio conserveti”. Cuando me empecé a dedicar al teatro todos decía “ay, cómo estará el tío de ella, el jesuita” y el jesuita estaba bailando la jota de felicidad de tener una sobrina actriz, los masones estaban de duelo. Mi abuelo me decía “tú me vas a dar el gusto que no me dieron mis catorce hijos: te vas a dedicar al teatro” (se casó con dos hermanas, Elvira y Concepción Blanco, de la que yo tengo el nombre). Yo le recitaba a él, cuando murió tenía nueve años y recuerdo que era un hombre muy querido por el pueblo vestido a la usanza de aquella época -con jacket y galera- y la gente conocía esa particularidad de católico practicante y tan avanzado en sus ideas políticas. Ese fenómeno se dio luego y tal como me dijo el otro día Di Tella “China Zorrilla, muy simpática, sospechosamente progresista”. Ese abuelo para mí fue una guía muy grande en mi vida, también lo fue papá que era escultor, yo me movía en el mundo de los monumentos, de estatuas de diez u ocho metros, de dos mil kilos, viendo como se funde una estatua, como sale una estatua que es de barro modelada por papá, como pasa al yeso, como del yeso pasa a ser un hueco en la tierra, que es el negativo del monumento, como ahí luego echan el bronce líquido, son cosas que la gente no ve, porque no es normal tener un padre escultor. Esa fue mi infancia en lo mi abuelo. Recuerdo que cuando murió era un personaje tan popular, que andaba por la calle, hablaba con todo el mundo, le contaba anécdotas a todo el mundo. Hay una que yo adoro. Él iba a la catedral a misa y al lado de la catedral había una famosa relojería, llamada Campos, con enormes relojes perfectos, impecables y mi abuelo iba ahí. Siempre en Montevideo a las ocho de la noche en el cerro disparaban un cañonazo y todo el mundo sabía que eran las ocho y un día el abuelo estaba con el sacristán de la catedral y aparece un señor del barrio y el sacristán le dice: “mire, este señor es el que tira el cañonazo del cerro”. Mi abuelo entonces le pregunta: “¿usted sabe la responsabilidad que usted tiene? Sabe que todos los uruguayos ponemos el reloj a las ocho después que oímos su cañonazo” a lo cual le contesta que sí, que lo sabe, y mi abuelo le pregunta: “¿y usted cómo sabe que son las ocho?”, “porque paso por la relojería y miro los relojes antes de tirar el cañonazo” dice este hombre, luego mi abuelo le pregunta a Campos “¿y usted cómo pone los relojes en hora” y le contestó: “por los cañonazos del cerro”. A lo mejor todo el Uruguay vivía con una hora de atraso.

**Sr. Ramella:** Hoy estuvimos de visita en la Fragata Libertad con China y el comandante tuvo el gesto de recibirla en su recámara y ahí dijiste algo que me pareció muy ingenioso, que a lo mejor podríamos recuperar acá y era sobre la mala prensa que tiene la envidia. ¿Por qué no volvés a reconstruir ese pensamiento?

**Sra. Zorrilla:** Yo creo que hay dos palabras que hay que reestudiar, la envidia tiene mala prensa, cuando era chica era común que se dijera “sos una envidiosa”. como si se dijera “sos una prostituta” y yo no me siento nada culpable cuando siento algunas envidias; yo envidio a mis hermanas que se casaron y tuvieron hijos y no me siento culpable. A lo mejor envidio a una mujer que está cumpliendo 18 años -yo acabo de cumplir 78 años-, digo “qué lindo, lo que te queda por delante” y no me siento culpable, para nada. En cambio la gente cree que soy buena porque he dado mucho. La persona que da es adicta a dar, a lo mejor yo me arrepiento más de los placeres que me he dado dando plata, que de haber envidiado una mujer que se pudo casar con el hombre que quería. Hay que cambiar el concepto, hay que envidiar, como por ejemplo al médico que descubre un remedio que el día de mañana puede curar el SIDA, qué envidia que haya un benefactor así, yo lo envidio y no me arrepiento. Cuando yo he dado más de lo que debía seguramente, nunca pensé “qué buena que soy, cómo doy, cómo me gusta darle \$ 20.= a esta vieja en vez de \$ 1.=”. Todo esto está en mi libro, en mis memorias, que se va a llamar “Los dientes del perro”. Se llama así porque desde chica tuve la obsesión de ese episodio y es que va San Francisco caminando por el campo, seguido por sus discípulos que lo escuchan y lo quieren y de golpe uno de los discípulos dice: “hmmm, qué olor a podrido, qué huelo tan espantoso”. Otro discípulo dice: “Acá hay un perro muerto, mira qué horror, tiene las tripas afuera, debe de hacer días que está muerto, tiene los coágulos secos, los pájaros le han vaciado los ojos, le salen bichos por

las órbitas...” Y San Francisco dice: “qué lindos dientes tenía”. Me he pasado la vida buscando los dientes del perro y siempre los he encontrado, creo que esta es una fórmula de felicidad.

**Sr. Ramella:** China, quería preguntarte si la vida te debe algo, si tenés alguna factura chica o grande que cobrarle a la vida.

**Sra. Zorrilla:** No, no tengo, en absoluto. Considero que he tenido una vida llena de mimos, tuve dos padres maravillosos, fueron muriendo a mi alrededor los viejos, no se han muerto niños en mi familia, murió papá de casi 90 años, mamá de casi 94, lúcidos los dos, murieron de la única enfermedad incurable que hay, que es estar vivos. No tuvieron enfermedad de viejos con remedios en la mesa de luz, se fueron apagando como dos velitas, hablando hasta el último día de cosas sensatas, mamá diciendo aquella frase memorable, que quiero que todo el mundo escuche porque es lo más importante que se ha dicho sobre la muerte, es la desmitificación de la muerte. Mamá se moría porque estaba viva, tenía 94 años, hablaba menos, no leía todo el diario, leía los titulares, ya no todo el diario. A las buenas noticias decía: “pero che, que buena noticia” en vez de “qué maravilla”; si se moría alguien decía: “pobre, lo conocía”, en vez de decir: “qué horror...”. Mamá tenía un proverbial terror a la muerte, no se podía decir que alguien se había muerto porque te decía que no hablaras de ese tema delante de ella. Yo comentaba con mis amigas y hermanas “mamá se tiene que dar cuenta que se le va la vida, los terrores de ella no los quiere demostrar por nosotros, pero debe de estar pensando que eso a lo cual ella siempre le tuvo tanto miedo está ahí nomás”. El día antes de morirse, estaba en la cama, me llamó, estaba tomando el té, en su enorme cama de columnas que papá que era escultor había modelado cuando se casaron hace sesenta y pico de años y me dijo: “Mira, China, qué bien hecha que están las cosas, -con una sonrisa de un chico que va a entrar a un parque de diversiones- ahora que es inminente mi paso al otro mundo, el miedo le ha dejado el lugar a la curiosidad”.

**Sr. Ramella:** Cuando uno sale con China Zorrilla por la calle se genera lo que ustedes se imaginarán, cientos de personas se acercan a decirle lo que la quieren, a decirle lo que la admiran y siempre me he preguntado cómo elabora una persona que camina por la calle y le pasa eso. Cómo hace para incorporar tanta buena onda de la gente y me preguntaba si no será que se transforma en parte del paisaje cotidiano. ¿Qué se siente al salir a la calle y escuchar que la gente te dice que te quiere? ¿Te acostumbrás a eso?

**Sra. Zorrilla:** No, por suerte. Una de las cosas buenas que he tenido en la vida es no acostumbrarme a las cosas buenas de la vida y nunca pensar en las cosas buenas de la vida cuando pasaron. No decir “qué lindo era tener veinte años”; cuando yo tenía veinte años decía “¡Qué lindo es tener veinte años!”. No necesité tener cuarenta para recordarlos y cada vez que pasan una de estas cosas digo, esto es un aplauso, esto es una crítica, este es el público que me quiere y por suerte no me acostumbré. Así que si me quieren parar por la calle no dejen de hacerlo porque me dan un gran gusto.

**Sr. Gutiérrez:** Mi nombre es Luis Gutiérrez. He estado ligado en Buenos Aires al teatro, ¿cómo ves el panorama teatral en ambas orillas ante la crisis que están pasando los dos países, hay trabajo para nuestros actores?

**Sra. Zorrilla:** No soy muy optimista en ese sentido, trato de serlo pero no puedo eludir una realidad. El problema económico gravita mucho en el teatro, que es muy caro en la Argentina, nadie va solo al teatro. Yo no entiendo esta moda de las comedias musicales excelentes, porque las he visto, pero una persona que va al teatro raramente va solo, dos entradas cuestan hoy en día \$ 80.= y hay que movilizarse al teatro, empiezan tarde y terminan tarde, hay violencia urbana y le tienen miedo al taxi, le tienen miedo al remise, al colectivo y al subte, todo esto se suma y tenemos además la televisión en casa, el zapping. Yo creí en un principio que la televisión iba a ser enemiga del cine pero no, es enemiga de todo, hasta de las charlas de familia, es terrible. Pero en el teatro no cabría toda la gente capaz de hacer teatro que está suelta en la calle, buscando qué hacer, de golpe actuando en un garaje, en un local de cuarenta sillas para poder sobrevivir apenas. Tú recordarás lo que era la época de oro, cuando yo era chica, antes de venir a vivir acá, lo que era la calle Corrientes donde había cincuenta

teatros siempre llenos y ahora se estudia que conviene, si pocos o muchos actores, una obra audaz, inglesa. Es terrible. Antes se levantaba el telón, si la obra estaba bien hecha, aplaudía. Si bien es caro el teatro, no se va todos los días, se va de vez en cuando, es un evento social que hay que ver además en el teatro, como hay que ver las películas en el cine, no en casa con el mate acá, las chinelas, el chico que llora, el hecho de una convivencia pacífica de una sala de espectáculos donde están todos juntos, blancos, amarillos negros, gente de derecha, gente de izquierda, todos juntos, pensando, riendo o llorando juntos. Es el último acto de convivencia pacífica que hay en el mundo, es el espectáculo de teatro, y hay que reconocer la evidencia que el teatro no es como antes, las salas no están llenas, las salas oficiales sí porque son baratas, hay fenómenos que a veces no se explican, pero es lo más inseguro que hay. Yo recibo gente que me viene a ver, cartas, donde me dicen que quieren ser actores, hacer cualquier papel, ¿qué hago con esa gente? Si algún día pusiera una escuela de teatro la pondría abierta al público, quien quiera probar cómo es como actor que venga, sin prometerles nunca nada, no se le puede prometer ningún papel. Lamentablemente pasa el tiempo y hay más actores, porque la gente sigue yendo a las clases de teatro, por suerte, porque no es inútil ser actor, también es una experiencia humana estupenda. El contacto con el actor, pasarse los libros, leer, estudiar de memoria, es un ejercicio mental, es un ejercicio humano, social la clase de teatro. Proliferan las clases de teatro con gente que tienen una meta delirante de poder llegar algún día a ser como Oscar Martínez, Alfredo Alcón. El teatro es uno de los pocos contactos con la cultura que tiene la gente joven, leen teatro, se pasan revistas con críticas, discuten las críticas, consiguen rebajas para ir al teatro. La gente que se quiere dedicar al teatro, la clase de teatro que se está dando no lo va a llevar a un escenario, pero nunca le va a hacer mal, siempre va a salir mejor de lo que entró, o sea, que hasta para eso sirve el teatro, pero que es difícil es muy difícil.

*-Ante una pregunta del público referida a su programa "Noches Chinas" dice la*

**Sra. Zorrila:** Cerraron el Canal de la Mujer y no está más "Noches Chinas". A mí me divertía mucho hacerlo, el último fue con Susan Barrantes que cuando vino a mi programa dijo: "fui tan feliz con mi marido argentino, que me quedó felicidad para todo lo que me quede de vida" y a los tres días se mató en un accidente de auto. Repetí el programa y recordé cuando estudiaba teatro en Londres en el '46 y como guardo todo había guardado la libreta de racionamiento que había que llevar al almacén para arrancar el pedacito de papel. Cuando la Barrantes vio mi libreta de racionamiento, me dijo: "cómo has guardado esto durante cincuenta años. Yo recuerdo que iba siempre con papá al almacén porque me divertía que me arrancara el papelito y el dueño del almacén lo tenía hartito a papá pidiéndole una beca para su hija que era muy inteligente, le decía señor Wright, -era un hombre muy rico el padre de esta mujer-, consígale una beca a mi hija porque yo le pago nada más que la escuela pública, pero ella necesita grandes colegios, grandes bibliotecas porque lee y quiere ser alguien". Era Margaret Thatcher, la hija del almacenero, qué increíble.

**Sr. Ramella:** Con China uno podría quedarse una semana entera, no hablamos de los cinco años de China en Nueva York, de su estadía en Londres de la posguerra, en fin me parece que vamos a tener que comprometerla a un regreso que dependerá del aplauso de ustedes. Gracias.

*-Se da por finalizada la reunión con nutridos aplausos de los presentes.*

*-Es la hora 20:05*